



## Homo Vegetus

El presente documento ha sido transcrito y editado por el equipo de Homo Vegetus,

<http://www.homovegetus.cl>

## San Francisco y el Lobo

De cómo San Francisco libró a la ciudad de Agubbio de un fiero lobo

Transcrito por Alejandro Ayala Polanco, desde *Floreccillas de Nuestro Glorioso Señor San Francisco y de sus Hermanos*, Editorial Renacimiento, Madrid.

**En el tiempo en que San Francisco vivía en la ciudad de Agubbio**, apareció un gran lobo terrible y feroz, el cual, no solamente devoraba a los animales, si no también a los hombres, en tal manera, que todos los ciudadanos estaban con mucho miedo, porque frecuentes veces se acercaba a la ciudad, e iban siempre todos armados cuando salían del lugar como si fuesen a combatir; mas con todo no podía defenderse quien con él se topaba, y por miedo de este lobo llegaron a tanto que nadie se atrevía a salir del lugar.

**Por lo cual San Francisco, compadeciéndose de los hombres de aquella tierra**, quiso salir al encuentro de este lobo, aunque los ciudadanos le disuadían. Y haciendo el signo de la Santa Cruz salió fuera del lugar con sus compañeros, puesta en Dios toda su confianza. Y como los demás dudasen en el seguir adelante, San Francisco tomó el camino hacia el lugar donde estaba el lobo.

**Y he aquí que vieron muchos ciudadanos**, venidos para ver este milagro, cómo el dicho lobo hizo frente a San Francisco con la boca abierta, y, acercándose a él San Francisco, hízole la señal de la Cruz y llamole a sí y díjole:

**-Ven aquí, hermano lobo**; te mando de parte de Cristo que no me hagas mal a mí ni a persona alguna. Y es admirable cosa cómo inmediatamente después que San Francisco hubo hecho la Cruz el lobo terrible cerró la boca y dejó de correr. Y hecho el mandato, vino mansamente como un cordero y echose a los pies de San Francisco. Entonces San Francisco le habla así:

**-Hermano lobo, haces mucho** daño en estos lugares y has cometido grandísimos maleficios, devastando y matando a las criaturas de Dios sin su licencia. Y no solamente has matado y devorado a las bestias, si no que has tenido el atrevimiento de matar y devastar a los hombres, hechos a imagen de Dios, por lo cual eres merecedor de la horca como ladrón y homicida pésimo. Y todo el mundo clama y murmura contra tí, y toda esta tierra te es enemiga. Pero yo quiero, hermano lobo, hacer la paz entre ellos y tú, de modo que no los ofendas más y te perdonen toda ofensa pasada, y ni hombres ni perros te persigan más.

**Dichas estas palabras, el lobo**, con movimientos del cuerpo, la cola y las orejas, y con inclinaciones de cabeza, parecía aceptar lo que San Francisco decía con voluntad de observarlo. Entonces San Francisco dijo:

**-Hermano lobo**, pues que te place hacer y conservar esta paz, te prometo que haré darte el sustento continuamente mientras vivas, de los hombres de esta tierra, en manera que no padezcas hambre, porque sé muy bien que por el hambre haces tanto mal. Pues que te consigo esta gracia, quiero, hermano lobo, que me prometas que no molestarás más a ningún hombre ni animal alguno. ¿Me lo prometes?

**Y el lobo, inclinando la cabeza**, dio evidentes señales de que prometía.

Y San Francisco dijo:

**-Hermano lobo**, quiero que me des fe de esa promesa para que me pueda fiar de ella.

**Y extendiendo San Francisco la mano**, para tomar el juramento, el lobo levanto la pata de delante y mansamente la puso sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que podía. Entonces San Francisco dijo:

**-Hermano lobo, te mando** en nombre de Jesucristo que vengas conmigo, sin dudar de nada, y vayamos a sellar esta paz en nombre de Dios.

Y el lobo, obediente, se va con él como un cordero manso.

**De aquí que los ciudadanos**, como tal vieses, se maravillan grandemente.

**Y en seguida esta nueva** súpese por toda la tierra, por lo cual las gentes todas, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, acudieran a la plaza para ver al lobo con San Francisco.

**Y estando allí reunido todo el pueblo**, se levanta San Francisco y les predica diciendo, entre otras cosas, cómo por los pecados Dios envió tales calamidades, y que mucho más peligrosa es la llama del infierno, la cual ha de durar eternamente para los condenados, que no la rabia del lobo, que no puede matar más que el cuerpo ¿Cuánto pues, no es de temer a la boca del infierno, si a tanta multitud pone miedo y terror la boca de un pequeño animal? Volved pues, amadísimos, a Dios, y haced digna penitencia de vuestros pecados. Y Dios os libraré del lobo en el presente, y del fuego eterno en el futuro.

Y cumplido el sermón, dijo San Francisco:

**-Oíd, hermanos míos: hermano lobo** que está aquí ante vosotros ha prometido y héchome juramento el hacer las paces con vosotros y no ofenderos nunca en cosa alguna si le prometéis darle el sustento necesario. Y yo soy fiador de que observará fielmente el pacto de la paz.

Entonces el pueblo, a una voz, prometió alimentarle continuamente. Y San Francisco ante todo el pueblo dijo al lobo:

**-Y tú, hermano lobo**, ¿prometes observar de la paz con ellos, en manera que no ofenderás a hombres, animales ni a criatura alguna?

**Y el lobo arrodillándose e inclinando la cabeza**, con mansos movimientos de cuerpo, cola y orejas, mostraba, cuando le era posible, su voluntad de observar todo pacto.

Dice San Francisco:

**-Quiero, Hermano lobo, que como me diste fe de tu promesa fuera de puertas**, así aquí, ante todo el pueblo, me des fe de no engañarme en la fianza que te he hecho.

Entonces el lobo, alzando el pie derecho, púsoselo en la mano a San Francisco.

**De aquí que por este acto y los otros dichos arriba**, fue tanta la admiración y alegría de todo el pueblo, ya por la devoción al Santo y novedad del milagro, ya por la paz con el lobo, que todo comenzaron a clamar al cielo, alabando y bendiciendo a Dios que les había mandado a San Francisco, quien por sus méritos habíales librado de la bestia cruel.

**Y después el dicho lobo vivió dos años en Agubbio** y entrábase mansamente por las casas, de puerta en puerta, sin hacer mal a persona alguna, y sin que a él le fuera hecho; y fue alimentado cortésmente por las gentes, y así andaba por el lugar y jamás le ladraba un perro.

**Por fin, a los dos años, hermano lobo se murió de viejo**. De lo cual doliéronse mucho los ciudadanos, porque viéndole andar tan manso por la ciudad, acordábanse más de la virtud y santidad de San Francisco.

En alabanza de Cristo.